

La Hipótesis de Justo

Escritos sobre el socialismo en América Latina de José Aricó
Edit. Sudamericana. Colección Historia y Cultura. Bs. As. Febrero 1999.

Gabriela Roffinelli ¹

Este libro recupera dos ensayos de José Aricó “*La hipótesis de Justo*” y “*Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*” y presenta un prólogo del sociólogo Juan Carlos Portantiero. El ensayo “*La Hipótesis de Justo*” fue escrito por José Aricó en 1981 y obtuvo una Mención Especial en el Premio Internacional de Historia “José Luis Romero” cuyo jurado estuvo integrado por Tulio Halperín Donghi, Richard Morse, Juan Antonio Oddone y Gregorio Weinberg; el segundo ensayo “*Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*” fue publicado como introducción al volumen del mismo título, donde Aricó recopiló trabajos de distintos autores referidos a Mariátegui -el volumen apareció en la colección “*Cuadernos*” de Pasado y Presente, n° 60, Siglo XXI, México, 1978- .

En su prólogo, J. C. Portantiero nos advierte que los dos estudios forman parte de un proyecto más general del autor: “*analizar las condiciones de recepción del discurso socialista en América Latina, un tema al que en capítulos sucesivos, dedicó todo sus afanes*”. Este objetivo general de Aricó recorre todo el libro y queda de manifiesto para el lector ya en los primeros capítulos del primer ensayo “*La Hipótesis de Justo*”. Así Aricó, comienza su primer ensayo puntualizando el trágico desencuentro entre socialismo y movimiento obrero tanto en la Argentina como en el resto de Latinoamérica. A diferencia de Europa, en América Latina el socialismo y el movimiento obrero constituyeron dos historias paralelas que en contadas excepciones se encontraron y que en la mayoría de los casos se mantuvieron ajenas y hasta opuestas entre sí. Tratando de aproximarse a una posible explicación de este desafortunado desencuentro, el autor, intenta analizar la forma teórica que asumió el marxismo latinoamericano, en lo que él denomina, la experiencia concreta del primer intento de pensamiento y de acción para establecer una relación políticamente productiva entre teoría y movimiento social: el partido socialista argentino con la figura de Justo como su exponente más lúcido.

En primer lugar, Aricó pone de manifiesto las particulares condiciones de América Latina y más precisamente de Argentina para ubicar, a continuación, en ese marco a la figura de Justo, como la de un pensador a la altura de los más importantes dirigentes del socialismo internacional pero con la enorme capacidad de pensar con cabeza latinoamericana. Entonces antes de abocarse plenamente al análisis de la hipótesis de Justo rescatando sus aciertos y también sus limitaciones objetivas -que fueron las que finalmente la llevaron al fracaso-, Aricó nos propone una reflexión acerca de las particularidades del escenario latinoamericano, no siempre presentes en los pensadores de la región que en su mayoría, salvo pocas excepciones, tuvieron la mirada puesta en Europa antes que en América Latina. A nuestro criterio en este análisis de Aricó sobre América Latina como unidad problemática y a su vez sobre la recepción del pensamiento marxista en la región, reside quizás la mayor riqueza del presente libro. Sabemos que la preocupación por

(1) estudiante de Sociología: Becaria de Idelcoop.

el vínculo entre la teoría universalista moderna y de origen europeo y la realidad Latinoamericana estuvo en el centro de sus desasosiegos intelectuales, como bien adelanta Portantiero en su prólogo. En otros trabajos como *“Marx y América Latina”* o *“La Cola del Diablo”* abordaba esta temática de manera por demás sugerente y provocativa.

América Latina como campo geográfico es la primera dificultad que se enfrenta a la hora de reconstruir las características del marxismo latinoamericano. Ya que la categoría *“América Latina”* trata de dar cuenta de una realidad no preconstituida, sino en formación. Para Aricó, ya a principios de siglo esta era una región con singularidades propias, que la diferenciaban de los denominados países coloniales y semicoloniales, pero que sí admitían una aproximación o comparación con la *“Europa de Capitalismo periférico”* Italia, España, Portugal y Polonia. Países en los que la articulación entre sociedad y Estado estaba fuertemente signada por la presencia de un variadísimo espectro de las clases intermedias. Esta condición ni periférica ni central del subcontinente latinoamericano, la autonomía de sus formas estatales, la ausencia de dominación política directa por parte de los países centrales, la existencia de fuertes movimientos nacionales y populares orientados a la conquista de una expansión *“nacional”* propia, el elevado grado de organización institucional, ideológica y política de las clases gobernantes, en países como Chile, Argentina y Uruguay, por ejemplo, reproducían, procesos ya conocidos en Europa, de construcción de ciertos Estados nacionales, asimismo el carácter reamente capitalista de la evolución económico, social, política y cultural de la mayoría de los países de la región, indicaban *“la existencia de características distintivas que no permiten una identificación simplista con ese mundo asiático o africano que la Tercera Internacional clasificó genéricamente como países coloniales o semicoloniales”*.

Esta diferenciación -señala Aricó- respecto del mundo oriental y una búsqueda de identidad en la proximidad de Europa tenía el riesgo de que llevaba a pensar a nuestras sociedades como formando parte de una realidad destinada inexorablemente a devenir Europa. En este caso la anomalía latinoamericana no requería un sitio propio en la clasificación, puesto que sólo indicaría una atipicidad transitoria, una desviación de un esquema hipostatizado de capitalismo y de relaciones entre las clases adoptado como modelo clásico. Desde el inicio de la vida independiente de España de las naciones latinoamericanas los historiadores y políticos pensaron a la región como desviada de un modelo de normalidad idealizado y que encontró en la historia distintos sitios de representación. Entonces la discusión no versaba sobre el apoyo o el rechazo de Europa, sino sobre cuál época de su historia podía servir de fuente de inspiración y de modelo a seguir. En esta situación se encontraba no sólo el pensamiento marxista y socialista de la época sino la de todo el pensamiento latinoamericano ya que el pensamiento europeo fue para los hombres de principio de siglo un presupuesto universal reconocido por todos. Así Aricó busca deliberadamente poner en evidencia que es ilícito atribuirle al marxismo de esa época una insuperable limitación europeísta en contraposición a otras supuestas corrientes de pensamiento exentas de ese estigma, porque esto implica desconocer la importante influencia del pensamiento europeo sobre América Latina. Rechaza así con énfasis todas las acusaciones de *“europeísmo”*

y por lo tanto de ajenidad y exterioridad del marxismo con la realidad Latinoamericana e intenta poner en evidencia, que aún en los momentos de mayor exterioridad, el marxismo fue parte de nuestra realidad. Con este propósito de comprender por un lado las particularidades específicamente latinoamericanas y por el otro la naturaleza del denominado *“sesgo eurocentrista”* no sólo del marxismo de la época sino en general de los hombres que encarnaban el pensamiento latinoamericano, Aricó comienza su análi-

sis de la concepción de Justo sobre la sociedad moderna. Considera que Justo fue un pensador plenamente “moderno”, en el estricto sentido de la palabra, con la capacidad de analizar la situación argentina en las nuevas condiciones creadas por una profunda transformación de las bases de la sociedad capitalista. Esta lucidez de análisis le permitió a Justo reconocer la necesidad y la posibilidad de la formación de un partido político autónomo de las masas trabajadoras argentinas, separado del resto del movimiento democrático y popular. Si bien esto es percibido por casi la totalidad de las corrientes socialistas de otros países latinoamericanos -nos dice Aricó- aquello que lo distingue a Justo es la claridad con que plantea la urgencia de superar la visión de secta para fundar en la acción política del proletariado el reconocimiento del carácter históricamente necesario de los procesos de superación del capitalismo.

La hipótesis de Justo fue -para Aricó- el proyecto más coherente de nacionalización de las masas de inmigrantes e incorporación de los trabajadores a la vida nacional y finalmente de construir una democracia social de avanzada hasta el arribo del peronismo. Juan B. Justo formuló un proyecto de nacionalización de los inmigrantes y de modernización “desde abajo”, contrario al de la oligarquía del '80. Aquí Aricó se esfuerza por demostrar que, siguiendo las ideas de Jean Jaurés y del cooperativismo belga (mucho más que las del alemán Eduardo Bernstein, como habitualmente se creyó) Juan B. Justo intentó fundar un modelo de país basado en una visión democrática apoyada en las clases trabajadoras y subalternas. Con este fin Justo aspiró a establecer una continuidad y un cambio con el pensamiento liberal argentino del siglo XIX (Sarmiento, Alberdi). Como consecuente seguidor de las tradiciones liberales-democráticas del siglo XIX, que era, intentó encontrar las raíces del socialismo en una revalorización crítica y desde un punto de vista de la lucha de clases, en la propia historia nacional. Observamos entonces que entre los principales logros del proyecto justista que Aricó reconoce y destaca figura precisamente el haber propuesto un proyecto de nacionalización de las masas inmigrantes y el haber impulsado la acción política de la clase obrera. Estas dos propuestas de Justo hacen observable su intento de construir una alternativa política frente al modelo del '80 y ciertamente aquí reside la mayor originalidad del pensamiento del dirigente socialista para el autor. Pero este coherente proyecto socialista radical y democratizador de la sociedad argentina finalmente fracasó y Aricó trata de dar cuenta de los límites subyacentes en la propia Hipótesis de Justo para explicar dicho fracaso. Pero no debe entenderse que intenta rastrear el fracaso del socialismo argentino en general y de Justo en particular en simples errores de interpretación subjetivos, sino por el contrario, lo encuentra en las propias limitaciones de carácter objetivo del proyecto socialista. Ya que Aricó, partiendo de Gramsci, realiza un análisis pormenorizado de los rasgos de madurez de la ideología socialista argentina pero sin soslayar los condicionantes históricos de signo general que la posibilita y presionan para su realización. Así Aricó percibe claramente la tensión (a principios de siglo) entre la madurez de la ideología y la inmadurez histórica del sujeto social que la encarna.

Desde esta posición gramsciana interpreta diferentes factores como el librecambismo de Justo, el sociologismo de privilegiar una institucionalidad perfecta (que llevó al socialismo a estrellarse con un mundo irreductible de ser transformado), la idea de transparencia entre economía y política y la visión iluminista acerca de la constitución de los sujetos sociales como algunos de los obstáculos que impidieron que el dirigente socialista pudiera captar en toda su complejidad el proceso económico, social y político de la realidad argentina de principios de siglo. Pero especialmente señala la incapacidad de comprender tanto en la teoría como en la práctica que el cambio radical de la sociedad no sólo supone el ascenso al poder de la clase obrera sino de un bloque de fuerzas

sociales y políticas. Sin mencionar que de hecho quedó fuera del programa socialista a corto y mediano plazo el problema de la conquista del poder. Pero más allá de las limitaciones y fracaso final del proyecto de Justo, Aricó rescata con acierto esta experiencia por haber sido el primer intento de democratización auténtica de la sociedad argentina en la que el proletariado estaba llamado a ser el protagonista fundamental.